

Catalina de Erauso,
la guerra en el cuerpo, la furia en la piel

la
CRUZADA

FLORENCIA CANALE



Florencia Canale



La cruzada

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Florencia Canale, 2025

© Grupo Editorial Planeta, S. A. I. C., 2025

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2025

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: octubre de 2025

Depósito legal: B. 15.027-2025

ISBN: 978-84-08-30892-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España



CAPÍTULO I

El matrimonio es una unión indispensable para toda persona de buenas costumbres y mejores morales. Resulta innegable la confirmación de que la justicia divina designa la oferta de un noble consorte, que propiciará, con ahínco y bonhomía, la construcción de la familia. Sin embargo, la vida deja de ser aquel sueño cuando algún que otro familiar del consorte hace su entrada triunfal para imponer un desastre.

En este rezongo ausente andaba doña María Pérez de Galarra y Erauso, mientras perdía la vista por la ventana de casa de sus padres, y ahora de ella, en la vizcaína villa de San Sebastián. Asaltó su memoria aquella jornada gloriosa del 3 de marzo de 1582, en la que, rebosante de ilusión y acompañada por sus padres don Martín de Galarra y doña María de Yarza, había comparecido ante el notario Martín Pérez de Huacue —qué caballero agradable, desvarió— para darle el sí a Miguel de Erauso. Cada parte, como correspondía, había dispuesto con qué se avenía al santo matrimonio, la donación del *propter nuptias*³ y las dotes de cada quien.

3. Constituye una donación que el marido da a su mujer por razón del matrimonio. Está estrechamente relacionada con la dote y es una garantía, y fue vista como un premio a la virginidad de la mujer.

Recordó, la grácil María, con la mirada fija en la nada mismísima, las palabras allí vertidas con la solemnidad que exigía aquel compromiso, «porque las honras y cargos del dicho matrimonio son graves y dificultosas de poder sustentar y mantener, y que para que mejor las puedan sobrellevar los dichos esposos...». Aún más, contó mentalmente la considerable junta de bienes que habían conformado su dote: que la viña de Berrio con cuarenta pies, lagares y casa linderas con la del destacado don Francisco de Aramburu, y los dos sobrados de casas de la calle Maestre Lope, cuyos bajos eran, ni más ni menos, de la iglesia de San Vicente, y a no olvidar la mitad de la nao *San Joseph*, amarrada en el muelle de San Sebastián, con sus aparejos, jarcias y cuatro piezas de artillería y su munición, que había costado dos mil cuarenta ducados, y bien que la mantenían siempre lista para la pesca en Terranova, y atención con los doce marcos de plata labrada en un jarro grande, dos tazas, un salero y seis cucharas, y la cinta con cabos de plata sobredorados, la cama castellana con sus cortinas de red labrada, y otra cama nueva; y la promesa cumplida de la habitación de los altos en casa de los Pérez de Galarraga, sita en la calle del Puyuelo y desde donde oteaba, cual marinero de luces, en aquel instante.

Y el mismo calor en las mejillas que la habían delatado aquella tarde, volvió a incomodarla. Pues que no había firmado el acta de matrimonio, no sabía escribir y sintió que los presentes la habían mirado de soslayo. Por no decir con prejuicio. Su querido Miguel le había reprochado la suspicacia, que no, que no, que mi familia os tiene bien por lo alto, a la misma altura que la cruz de la iglesia, que las mujeres de nuestro clan no firman y así está muy

bien. María había llorado en silencio. Hasta el día de la fecha. Pues claro que la tenían en las crestas del oleaje, bien que había facilitado dinerillo y bienes con la unión matrimonial.

La estridencia de un llanto la sustrajo de sus cavilaciones. Era la pequeña Catalina en otra de las habitaciones, los gritos lastimaron sus oídos. No estaba en condiciones de arroparla. No tenía un buen día. O tal vez no entendía a esta hija de año y medio, demasiado díscola y rebelde, y tan diferente al resto de sus críos que habían sido tan buenecitos. No se movió del vano de la ventana. Desde allí solicitó a una de las criadas que fuera a ver qué sucedía y volvió a lo que la tenía tan reconcentrada: su vida, su boda, la familia de su esposo y la noticia estremecedora que habían recibido hacía unos días. El primo de Miguel les había iniciado un proceso judicial. Juan, el hijo de Juanot, hermano mayor de su marido, los quería desvalijar.

Pues claro que su suegro —que Dios lo mantuviera en la Gloria Santísima junto a su devota esposa y suegra doña María López de Barrena, a quien no había tenido la fortuna de conocer— había colaborado con algunos bienes: unas casas principales en la calle de Enbeltrán, que gozaban de sepultura y asiento en Santa María en San Telmo, y algunas tierras, manzanales, viñas, robles, frutales y arboledas de Juanmartindegui, en el término municipal donostiarra de Primaut, huertas en la atalaya de San Sebastián junto al mirador, lindante por arriba y por abajo con el camino de subida al Castillo. Pero los aullidos de Catalina persistían.

—¡Monse, callad a la niña! ¡Que parece poseída por los mil demonios! —María gritó desde su guarida.

La joven criada asomó la cabeza por la puerta y se per-
signó una y otra vez.

—Sí, sí, señora. Pero no maldigáis, señora, os lo ruego,
señora, y no invoquéis a ese, señora, que los otros días me
he enterado por ahí que apresaron a unas conocidas al
grito de no sé qué...

—Monse, no quiero escucharos, ni a vos ni a la niña.
¡Id a calmar a mi hija que yo no estoy propicia!

Condicionada por las circunstancias, María volvió a sus
cavilaciones. No iba a permitir que la déspota de Simona
de Hernando asaltara su patrimonio, que bien lo era. Ella
no tenía la culpa de que su suegro, antes de morir, hubie-
ra testado a favor de su amado Miguel. El pobre viejo ha-
bía fenecido el 8 de abril, dos meses después del nacimien-
to de Catalina. Como si la hubiera esperado para abandonar
este mundo. El patriarca, ya tullido, en aquellas semanas
había estado más allá que acá, pero cuando le traían a la
diminuta, torcía la boca en una sonrisa truculenta y pedía
que se la acercaran al ras de su cara. Le susurraba gorjeos
incomprensibles en la orejita y, por los gestos y suspiros,
Catalina, a pesar de asemejarse a un cachorro de párpados
pegados, parecía entender su lengua. La recién escupida a
la vida entablaba relaciones con un desecho de carne y
huesos, que daba el paso exitoso hacia la muerte.

Era ostensible que la cuñada bramaba de odio porque
el anciano había beneficiado a Miguel. Meses antes de
morir lo había declarado su heredero universal. Y por es-
crito, con firma y lacre en el sello. También habían debido
cumplir, y por causas justas y por los buenos y leales servi-
cios y compañía, según el viejo Erauso, la dádiva de los
ochocientos ducados a su tercera esposa, Bárbara de Lan-

driguer, que no contaba con respaldo alguno. Los Erauso y Pérez de Galarraga habían sido benignos.

¿Cómo se atrevían a poner en duda el designio del patriarca? María se olvidaba de respirar. La indignación colmaba su emoción y no encontró alternativa, abrió la ventana de par en par, sacó medio cuerpo afuera y tomó aire. Tal vez allí encontrara la calma. Su Miguel se había convertido en el dueño de todos los bienes del Erauso muerto porque había sido humilde y obediente a su voluntad y mandamiento. Y al nieto forajido, asaltante de caminos, le había dejado la herencia con relación a su padre. Pues entonces a discutirle al viento. Las cuentas estaban claras.

La niña seguía llorando. La estridencia de esos gritos la obligaron a perder la calma. Se tapó los oídos con las manos, no podía oírla más. ¿Qué le pasaba a su hija? Le recordó el complejo mar sin límites y pensó que, tal vez, las personas habían dejado de gustarle.

* * *

Un don Miguel alicaído entró en su morada. No quería ver a nadie, no estaba de humores. Sin embargo, fue imposible pasar desapercibido en la casa. La prole correteaba sin límite: los varones, Miguel, Domingo, Francisco y Martín, eran incansables; cuando no estaban en las calles, la casa parecía quedarles pequeña. Las niñas perseguían a sus hermanos buscando aprobación. Las mayores, Mari Juan, Jacinta e Isabel ya habían sido internadas en el convento. Mariana y Catalina aún no estaban en edad. Las promesas estaban para cumplirlas y don Miguel era obediente.

Sus hijos lo rodearon, las risas infantiles invadieron el lugar. La casa estaba viva, los criados ocupaban el fondo mientras preparaban comidas, o acicalaban las ropas y fregaban lo que hiciera falta, y María iba y venía, a la orden o la daba.

—¡Dejad a vuestro padre en paz, niños! —exclamó su esposa, mientras braceaba para quitárselos de encima, aunque la tarea no era fácil—. Domingué, a ver si colaboras y echas a tus hermanos de aquí.

María estiró la mano y tomó de la oreja al primero que encontró. El más alto de sus hijos tuvo todas las de perder y lideró un corro de gritones expulsados del recinto. Eran traviesos pero no tontos. Cuando la madre se ofuscaba, era mejor bajar la guardia. La señora tenía la mano pesada, empezaba con la oreja y no se sabía hasta dónde podía llegar.

Prometieron acciones angelicales, juraron contricciones y solo entonces pudieron retirarse en fila.

—Mikel, ¿te encuentras bien? —preguntó María y cambió la actitud. Su mano se avino suave y la posó sobre el hombro fornido de su marido.

—A ti no puedo mentirte, mujer. Además, ya estoy en boca de toda la villa. Será mejor que te enteres por mí. La verdad te vendrá amarga, María.

Y le pidió que lo siguiera a la cámara.⁴ Cruzaron el dormitorio y Miguel introdujo la llave en el cerrojo de la puerta de madera tablar con molduras, y se acomodaron frente a la ventana con asiento. María cruzó las manos sobre su regazo y lo miró fijo.

4. Habitación dedicada al estar o descanso, también podía usarse para dormir, siempre y cuando tuviera una cama, pero esta se llamaba cámara de dormir.

—Estáis al tanto del reclamo del hijo de mi tío.

—Vuestro primo, Mikel, y no creas que por no decir las cosas por su nombre lograréis que no existan. Ese monstruo de Juan es vuestro primo, que también es un Erauso, hombre.

Miguel asintió, perdido. No solo sus relaciones estaban al tanto del pleito en el que andaba metido, San Sebastián íntegro lo perseguía. Pero ahora la humillación era aún peor.

—Han logrado una paulina⁵ y se ha publicado en la parroquia —largó Miguel y peinó su cabellera con los dedos, una y otra vez.

María ahogó un quejido y temió novedades aún más deficientes. El hombre negó con la cabeza y procedió a confirmarle la fatalidad.

Sí, la habían publicado en San Vicente, la misma casa de Dios donde habían bautizado a sus hijos, y en este caso había sido bajo orden del presbítero de Ayartúa. Había sido dispuesta por el nuncio y encomendada al obispo de Pamplona, señalando a término para que los usurpadores...

María cubrió su boca con un pañuelo.

...detentores y encubridores...

El grito prolongado de la señora fue imposible de callar.

...declararan y manifestaran la verdad.

—¡La verdad es vuestra, mi señor! —María exclamó con solemnidad—. ¡Esa rama de los Erauso es diabólica!

Se tomó de la cabeza en un aullido enloquecido. Ahora sí, temía las peores consecuencias. No era leguleya, no

5. Carta o despacho de excomunión que se expide en los tribunales pontificios para el descubrimiento de algunas cosas que se sospecha haber sido robadas u ocultadas maliciosamente.

entendía demasiado de aquellas cuestiones, pero si habían llegado hasta la Santa Iglesia estaban dispuestos a todo. Se hincó frente a su marido y le pidió más detalles.

—Se me permitió su lectura. —Miguel apeló a su memoria y repitió cual perico de las Indias el documento reclamado por el curador del niño Juan, Sánchez de Arriola—. Me acusan de ser hombre con poco temor de Dios nuestro Señor y gran cargo de mi ánima y conciencia, y que he hurtado, tomado y llevado, oculto, retenido y encubierto mucha suma y cantidad de bienes de mi padre Erauso, que es mucha cantidad de dineros.

Miguel elevó la vista, como si buscara el halo divino de su benefactor en el cielo. ¿Podría dormir tranquilo? ¿Erauso lo protegía desde el más allá? Pero la pavora no lo abandonaba, debía cumplir con las órdenes del Todopoderoso.

—Temo, querida mía, que veremos desfilar a decenas y decenas de donostiarras a la comparecencia para denostarme. Ya lo veréis.

—Me ocuparé, Mikel mío, de encomendar a los buenos hombres de esta villa, que los hay, a ir con la justa verdad a esos antros.

—Ojalá ganen los informantes del bien.

—La que encargó todo esto es una mujer, no podemos esperar nada bueno de esa bruja. Y de seguro arriará cómplices de su misma calaña. Habéis tenido suerte conmigo, que soy decente y bondadosa. —María se había puesto de pie y en pose de oradora. Para la lista de calificativos pensó «y acaudalada», pero optó por el olvido—. Esa Landriquer busca asaltar la fortuna de vuestro padre, acopiada en vida de vuestra madre y de su segunda esposa. ¡Nos están robando!

Miguel rogó en silencio que una súbita sordera lo tomara por asalto. Estaba cansado de la palabrería de su esposa. Si tan solo hablara un poco menos...

Haciéndose el distraído, metió mano entre las faldas⁶ de la señora, intentando otro tipo de juegos.

—¿Qué haces, Mikel? —preguntó la cómplice.

—Encontré una bribona, suerte la mía —provocó Erauso y persistió en la faena.

—Pues a ver si descubres la secreta. —Y lanzó una carcajada.

Una respiración agitada de congestión los sacó del vaivén de telas y manos, y en un segundo buscaron al animalito ejecutor. En el umbral de la cámara, con los piecitos al viento y una cara manchada de mocos y sonrisa estaba Catalina.

—¿Qué hace la niña aquí? —exclamó Miguel con las manos aún en la masa.

—Quita, hombre. —María sumó las suyas a las de su esposo, pero la multiplicación de dedos permaneció donde no debía.

Catalina, entre saltos y risas, se acercó a sus padres. Extendió los bracitos buscando que la arroparan. Pero unas carreras al grito de «¿Dónde está la revoltosa?», «Como te pille» y demás improperios vertidos por el aya, transformaron la reunión con ansias corporales de la pareja en un aquellarre.

A la orden de sacad a la fierecilla y unas reverencias

6. El vestido femenino de fines del siglo XVI estaba compuesto de faldas superpuestas. Estas tres enaguas denominadas modesta, bribona y secreta, así como las partes delanteras del corpiño, estaban cargadas de pasamanos y bordados. Las faldas superiores solían estar recogidas o arremangadas con moños o cintas dejando ver la de abajo.

de la criada, además del llanto y de la pataleta de la criatura, dejaron a los esposos maniatados en una desilusión difícil de modificar. La casa estaba llena de personas. El encuentro era casi imposible.

* * *

La Junta de Noche se había ampliado a Grande y asistían al rey en sus habitaciones de El Escorial. Hacía rato que Felipe II se había instalado en el inmenso palacio construido bajo sus órdenes, a algunas leguas de Madrid, convertida en capital de su imperio en 1561. El Prudente favorecía la vida espiritual y qué mejor que alejarse de la mundanal Corte. Las fiestas y las recepciones se llevaban adelante en el alcázar de Madrid o el de Aranjuez.

Sus ayudantes de cámara lo habían instalado en la estancia lindera con su despacho. Había descansado durante el día, la salud no lo acompañaba, la gota le causaba dolor. Tan aclimatado tenía todo, que había ordenado construir sus habitaciones privadas con acceso directo al altar de la iglesia. Tendido en la cama podía escuchar misa. No había que perder oportunidad para reafirmar su papel de enviado divino en la Tierra.

—Aquí estoy bien, acomodad el cojín para la pierna.

Felipe II gruñó de dolor y buscó la posición para calmarlo, aunque fuera un poco, en la silla especial para la gota, que se adaptaba a varias posiciones. Cuando le pareció que la puntada amainaba, ordenó que entraran sus hombres de confianza. Quería dictar su testamento y ponerlo en custodia.

—Venid, Idiáquez, a mi lado, que os dictaré a vos.

La gota, a veces, no lo dejaba andar, sino con ayuda y esto no siempre. Ahora lo había tenido cinco o seis días en la cama por haberle vuelto a una rodilla. Y lo que más le había durado era en su mano diestra, que no lo dejaba escribir ni hacer nada con ella. Tampoco los ojos los tenía muy buenos.

Detrás del conde de Chinchón don Diego Fernández de Cabrera y Bobadilla, y de Juan de Idiáquez llegó el resto: el conde de Fuensalida don Cristóbal de Moura, oriundo de Lisboa —gentilhombre fundamental a la hora de la negociación con las élites lusas al momento de la incorporación de Portugal al imperio de Felipe II—, el vicecanciller de Aragón y presidente de Flandes, el valenciano don Simón Frígola, y el presidente de Castilla, don Rodrigo Vázquez de Arce. Las botas ornamentadas contra el suelo, el tintineo de los metales al caminar, dio paso a la fila de lechuguillas⁷ de gestos adustos.

El rey dictó sin prisa pero con el aplomo que le daban sus convicciones. Idiáquez cumplió, puso el punto final y le extendió el testamento.

—Llamad al príncipe, él firmará —ordenó el soberano y su hijo Felipe se aprestó a los aposentos regios.

Los favoritos hicieron una leve reverencia al joven de 15 años, el elegido de su padre, para su puesto cuando fuera rey muerto. Felipe se sentó en el sitio que le propició el secretario y siguió los lineamientos. Idiáquez lo observó estampar su firma en nombre del padre y se preguntó si daba

7. Los cuellos típicos de la época, que usaban los hombres. Estaban confeccionados en lino fino o encaje y la forma rizada se conseguía con unas tenacillas especiales que encañonaban la prenda, y cada ondulación recibía el nombre de abanino. La firmeza se conseguía con el almidón y la sujeción con ayuda de alfileres.

la talla para portar la corona. Felipillo era el único heredero. La fatalidad había oscurecido el aseo de la descendencia real. Las cuatro esposas de Felipe II se encontraban bajo tierra y, sobre sus vástagos, mal gracias. Ana de Austria, la última, había tenido cuatro hijos, pero solo Felipe había sobrevivido. La Corte oró a los cielos en agradecimiento de que el asunto de la descendencia se hubiera resuelto antes de que expirara la idónea señora. La segunda esposa, María de Inglaterra —hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón—, no había servido como proveedora.

—El embarazo de la reina resulta que no ha sido tan certero como pensábamos —había asumido Felipe II cuando la ausencia de sangres y un aumento de peso de María habían traído algarabía y tañido de campanas a palacio.

Todo aquello había sido una falsa alarma. El rey y su séquito agradecieron en silencio al Todopoderoso que una epidemia de fiebres azotara Madrid y eligiera a la reina para enfermarla. Fue mudada al palacio de Saint James, en Westminster, y murió. Lo que había traído hedores a la Corte españolísima había sido la unión con María de Portugal, el nacimiento del primogénito del rey y la muerte de la madre en el parto. Pura algarabía en palacio, ¡viva el Delfín! ¡Viva el príncipe Carlos! Sin embargo, las promesas rara vez se cumplen. El infante no trajo tranquilidad a la Corte. Y mucho menos a su padre. Los años pasaron y todo fue de mal en peor.

—Mi estimado amigo, tanto me pesa la falta de fortaleza moral y física que en la persona de su alteza hay —se lamentaba el rey al duque de Alba—, así en juicio y ser como en el entendimiento, que queda muy atrás de lo que en edad se requiere.

El príncipe Carlos tenía 19 años. Unos meses después, el rey empezó a confirmar lo que pensaba: su hijo no servía. Como si esta percepción hubiera abierto puertas y ventanas, las críticas a los modos y al comportamiento de su alteza comenzaron a multiplicarse.

El príncipe ni escucha ni respeta a nadie.

De natura es muy cruel.

Tiene costumbres extraordinarias.

Goza cuando asa liebres vivas.

Pero aún más cuando ciega a los caballos en el establo real.

¿Recordáis cuando, a los 11 años, hizo azotar a una cortesana por diversión?

¿Y cuando sufrió esa grave caída persiguiendo a otra joven por los pasillos?

¿Y aquella vez, cuando arrojó a un paje por la ventana porque le molestaba?

En todo lo que hace muestra orgullo y arrogancia.

Posee un temperamento impulsivo y violento.

A menudo pierde los estribos y dice lo primero que se le pasa por la cabeza.

—El príncipe va cada día de mal en peor, y no de salud, sino de mal que tiene menos remedio —opinó el prior don Antonio de Toledo, caballero mayor de Felipe II.

Don Carlos había percibido que las Cortes empezaban a darle la espalda y que su padre alentaba aquel desprecio.

—¡Bellacos!, ¡ladrones! —gritaba Carlos.

La ira fue en aumento. Todo elegido por su padre pasaba a ser su principal enemigo. En una oportunidad, había intentado acuchillar al duque de Alba, acusándolo de inmiscuirse donde no lo necesitaban. Hasta que empezó a

coquetear con algunos líderes de Estados Bajos, que estaban en franca enemistad con su padre.

—Seré el soberano de Flandes, el rey de Bélgica —le comunicó a don Juan de Austria, hermano ilegítimo de Felipe II—. Pero os solicito ayuda para fugarme a Italia. Estoy listo para salir la noche siguiente.

Los hermanos, aunque a medias, estaban unidos. Juan apuró el paso y le informó del plan al rey. Carlos, enterado de la delación, intentó asesinar a su tío. Suficiente con los desvaríos, Felipe II encerró a su hijo en sus aposentos, licenció a sus servidores y lo envió a la torre del Alcázar. Fueron seis meses de encarcelamiento, pero en una noche helada, el príncipe de 23 años apareció muerto...

Don Juan de Idiáquez alternó la mirada entre Felipe II y su vástago homónimo, el que había permanecido vivo —«Bendito seáis, Felipillo», pensó el ministro—, y recordó otros tiempos de añorada juventud, cuando formaba parte del séquito adulator del finiquitado Carlos. Integraba el grupo de cortesanos conocido como La Academia, congregado alrededor del duque de Alba, que se reunía en la alcobilla del aposento del que aún vivía, en el Alcázar de Madrid. Ah, esos tiempos cuando departían acerca de poesía, mujeres, caballería y guerra. Pero eso había acabado más temprano que tarde y un millón de cerrojos hubo de encarcelarlo hasta que muriera, por orden del rey. Y murió. Se dijo que por inanición. Pero también se esparció que alguna pócima lo había envenenado.

—Su muerte ha resuelto varios problemas a los que se enfrenta el Rey Católico —comentó el embajador francés Fourqueveaux.

Lo mandó a matar el padre.

Era un riesgo para estos reinos.

De piadoso, nada.

Felipe pecador.

Circulaban los rumores de que el soberano había quitado a su hijo de este mundo.

Idiáquez protegió a su rey. Supo que no debía engañar a su majestad y le confesó, en secreto, lo que se decía de él. Felipe II, a cambio, le donó su confianza.

—Idos todos de mis aposentos. Solo queda aquí, Idiáquez. El resto puede retirarse —ordenó el rey.

Reverencias por aquí y por allá, y don Juan y Felipe guardaron unos minutos de silencio. El rey cavilaba, su favorito sabía esperar.

—Quiero haceros una concesión, Juan.

—No hace falta, excelencia.

—La encomienda mayor de León.

Don Juan de Idiáquez hizo un leve gesto con la cabeza y frunció el ceño.

—Alteza real, que no.

—Necesito dejar las cosas en orden. El testamento y bastante más.

—Su alteza se adelanta, hay demasiado tiempo por delante —mintió su consejero. La salud del rey pendía de un hilo.

—A tantas gentes he ayudado y no lo han merecido... Idiáquez bajó la vista. El monarca tenía razón.